

rrespondiesen al tono, las almas de los oyentes reventarían, los segundos, afortunadamente, cansan tanto como el trato de esos hombres nulos y excesivamente urbanos que nunca se les escapa una cosa inconveniente, y que, como Carlos II de Inglaterra, «jamás dicen una necedad ni hacen nada acertado».

CAPÍTULO XI

EL VERDADERO LENGUAJE POÉTICO

I. *Sólo el ritmo debe separar el lenguaje del verso del de la prosa.*—Juzgo indispensable un trabajo de reconstrucción en la antigua manera de escribir. Así como hay que bajar el diapásón en la poesía, es necesario subir el de la prosa. Entre las frases que se me ha dicho que yo había copiado, y otras varias de que todavía me acuerdo, podría citar muchos versos, aunque aislados, completos, que nadie ha indicado que fuesen malos, y con los cuales he probado materialmente que hay un punto de conexión común donde la poesía y la prosa no se distinguen más que por el ritmo y la rima. Existe una línea de conjunción, en la cual se puede ver que la poesía más sublime arranca de las entrañas de la prosa más sencilla.

Y que prosistas y poetas pueden tener un lenguaje común, lo probaremos con dos ejemplos, uno ajeno y otro propio, que será uno de los más grandes trozos de prosa que, con permiso de su autor, el señor Cuesta, me he tomado el ímprobo trabajo de poner en verso para probar este aserto.

En su *Agamenón vengado*, dice Oliva:

«Y á tu parte izquierda se aparece el templo de Juno, de altos edificios, cerca do están los valles do sacrifican lobos los sacerdotes.»

Y Huerta lo versifica de este modo:

«A tu izquierda se ven los edificios
en donde Juno tiene hermoso templo,
y cerca de él los valles donde el rito
lobos voraces sacrifica Febo.»

Y he ahí el trozo de prosa de la traducción del señor Cuesta, versificado por mí:

«Antigua é inmemorial *habilidad* que Eva sabía desde el primer día del mundo, y que toda mujer sabe desde el primer día de su vida.»

Y dudas van y pensamientos vienen,
y haciendo que lo mira distraída
(*habilidad* que las mujeres tienen
desde el día primero de su vida).

En estos y otros ejemplos, al verso y la prosa no los separa más que el ritmo. Y siendo uno mismo el lenguaje, se puede ver si las dos artes son y parecen diferentes, y si entre el verso y la prosa hay superioridad de naturalidad, de precisión y de agrado.

Un día de buen humor, después de una disputa literaria, propuse á nuestro popular novelista, el señor don Pedro Antonio de Alarcón, que escribiésemos los dos, él en prosa y yo en verso, un mismo asunto, redactando antes de común acuerdo las principales ideas. Pero Alarcón, que es artista á todas horas, me contestó sin vacilar: «Yo no puedo aceptar esa apuesta, porque siempre que hacen un viaje juntos, el verso va á caballo de la prosa.»

Se ve, pues, que el lenguaje hablado puede no separarse casi nada del lenguaje poético escrito. Sin más que colocar las mismas palabras de la prosa de modo que tengan el ritmo y la rima, re-

sulta lo que se llama el verdadero lenguaje poético.

¡El ritmo y la rima! ¡Qué encanto tan delicioso añaden estos elementos intangibles, cuando enlazan con su melodía las armonías de la prosa! No tengo la pueril vanidad de decirlo por estas insignificantes palabras que yo he versificado, sino que lo digo recordando los muchos trozos de prosa que Byron ha puesto en verso. Cuando un poeta como él se apodera de todas esas ideas que, según dice el señor Lista, pertenecen al lenguaje común por lo viejas y repetidas, y que sin más que usar la figura que en retórica se llama hipébaton, las vienen tomando unos de otros todos los escritores desde el origen de los idiomas, entonces esas ideas, que eran una especie de *judtos errantes*, dejan de caminar, fijadas por el poeta con la escultura de la rima. Después que ha marcado con el sello de su personalidad á esas ideas, puestas de resalte por el ritmo y la rima, ya puede grabarse sobre ellas, en el libro de sus primitivos autores, el epítafio de «aquí yacen». Todas, en las páginas antiguas, han pasado al estado fósil. Los gusanos se han convertido en mariposas, pues ya versificadas, transfiguradas por el poeta, serán una especie de pendientes de brillantes que se colgarán á las orejas de los lectores de mala y de buena voluntad, pendientes contruidos de una manera tan misteriosa que, mientras se hable la lengua en que han sido contruidos, producirán un rubor delicioso que constantemente estará diciendo al oído del lector: «¡Acuérdate del poeta!»

II. *La naturalidad en la prosa.*—Desterremos los dialectos artificiales en honra del idioma natural común.

¿Cómo han de cristalizar en la memoria de las gentes las ideas de la poesía y de la prosa, si no se escriben en un lenguaje poético inteligible?

No desviejar la poesía y rejuvenecer la prosa, es condenar á los poetas á que sigan escribiendo libros que no se entienden y á los prosadores obras que nada valen. La afectación ha perdido á Cienfuegos en la poesía, y el mismo defecto ha deslucido á Solís en la prosa. Democratizar mucho la poesía y aristocratizar un poco más la prosa, es un trabajo digno de alguno de los escritores que nos sucedan y que tengan bastante fuerza para palanquear el idioma, volviendo lo de arriba abajo, haciendo que la poesía no se desdeñe de descender hasta el pueblo y que la prosa se vista de limpio para poderse elevar hasta la inteligencia de las clases altas. Echemos por la ventana las flores de trapo con que se adorna la poesía, y cerremos para siempre los oídos á esas prosas vulgares sin olor, color ni sabor.

La virtud de la inteligencia es la dispersión, y un autor será tanto más apreciable cuanto más logre divulgar sus ideas, escribiendo como se habla y desterrando de sus obras toda clase de jerigonza ya cultista, ya canalla.

Dice Mr. De Maistre: «Hay una regla segura para juzgar tanto á los libros como á los hombres, aun sin conocerlos: basta saber por quién son amados y por quién aborrecidos. Esta regla jamás engaña.»

Aplicando un principio semejante á la poesía, se puede medir la calidad de las condiciones artísticas de un poeta por la cantidad de los lectores ilustrados que lo saben de memoria.

¡Dios mío! ¡Cuántas gentes al leer todo esto dirán que yo soy un maestro incompetente, que

no tengo ni siquiera la aptitud de poder ser su discípulo! ¡Ay, lo peor para mí no será que lo digan, sino que tengan razón para decirlo! Sin embargo, algún derecho me asiste para hacer oír mi voz, aunque no tenga voto, cuando me expongo á los palmetazos de los dómines de la clase, no tanto por defender mi causa, que me importa poco, cuanto por defender la causa de la poesía nacional, que es lo único importante. Además, que yo no hablo con los que hallan tolerables las redicheces cultas, pues sólo me dirijo á los jóvenes, para que, en lo porvenir, estudien el modo de hacer versos rítmicos, talentudos y naturales. Mi pretensión no me parece insólita ni exagerada. Deseo que nuestros futuros escritores huyan de defectos en que yo mismo he caído, procurando castellanizar el lenguaje poético que los de abajo aldeanizan y los de arriba culti-latini-parlan.

La poesía, así como la metafísica, limpia, fija y da esplendor al idioma. Cuando Herrera inventó un lenguaje especial para la poesía, ésta quedó fuera del círculo de las gentes, y el idioma común, sin artistas que lo fijasen, ha quedado en la prosa estancado y en la poesía muerto. Mientras la poesía no hable de todo y use todas las palabras, las que ella no fije y pulimente se oxidarán. Todos nuestros prosistas de los siglos XVI y XVII son arcaicos, y tan extraños al idioma actual, que se pueden leer como castellanos antiguos, pero no como españoles modernos.

Los diamantes en bruto que no abrillanta la poesía están condenados á no salir jamás de la categoría de guijarros.

III. *La naturalidad en el verso.*—A propósito del verdadero lenguaje poético, decía mi preceptor

don Benito que el conocer analíticamente lo que es un buen verso es el colmo de la sabiduría. No le faltaba razón. Y lo mismo sucede con un verso que con un trozo de prosa.

Hay poetas menores que en un sólo verso incluyen mil imágenes, y poetas que han pasado por grandes, que en mil versos no han podido presentar una sola imagen. Un buen verso no es tan bueno por lo que dice como por lo que da á entender. Hay versos bien contruidos que son mozos de muy buenos cuerpos, pero que no tienen alma. De esta clase son los de Herrera y los de casi todos sus imitadores los poetas grandilocuentes.

En poesía no importa tanto lo que se dice como lo que se quiere decir. El que no sepa escribir versos en que no palpiten más ideas y sentimientos que los que se expresan, que arroje la pluma. Y el que no sepa leer lo escrito entre renglones, que arroje el libro, porque está incapacitado de entenderlo.

Los versos, unos salen del corazón, y otros de la cabeza. Unos son de raza, y otros de nobleza advenediza. Unos son espontáneamente bien nacidos, y otros artificialmente bien hechos.

Como al partir del sol la sombra crece.

Garcilaso.

Verso bien nacido.

Inglés te aborrecí y héroe te admiro.

Quintana.

Verso bien hecho.

Los versos han de tener la fosforescencia trascendente que da á las cosas humanas la luz de lo infinito.

Para muestra, insertaré algunos de los versos que acuden á mi memoria en este instante, de varios poetas antiguos y modernos. No inserto ninguno de los poetas del siglo pasado porque son pocos los que tienen articulaciones fáciles en la forma ni pensamientos clarividentes en el fondo.

Dilata hasta los montes su ribera.

Bioja.

Ó al rico avaro en el angosto lecho
haz que temblando con sudor despierte.

Argensola.

En la Concha de Venus amarrado.

Garcilaso.

Vencida de la edad senti mi espada.

Quevedo.

Ni en Chipre se vendía
amor artificial, ¡oh siglo de oro!

Lope de Vega.

Pone funesta paz la onda que asciende.

Torrepalma.

Su imperio en el Océano extendiendo.

Herrera.

Envían largos rios los collados.

Fray Luis de León.

Rayos que hacéis estremecer el cielo.

Balbuena.

Con el dedo en la boca os guarda el sueño.

Góngora.

La picó, sacó miel, fuése volando.

Gil Vicente.

¿Cómo y cuándo los impetus sentiste
de ir hasta el fondo del deseo ardiente?

Cheste.

Mi amor al bien, que fué mi primer sueño;
mi amor á ti, que morirá conmigo.

Manuel del Palacio.

¡Cómo, á nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fué mejor!

Jorge Manrique.

Celos me da tu contento,
y tu peligro *cuidados*.

Gil Polo.

Y miente que allí me tiene
ociosa y enamorada.

Romancero.

Quiera, desde su hondo seno,
las estrellas *asaltar*.

Arriaza.

Sólo es *digno* de vivir
el que lucha por la gloria.

Cañete.

No despiertes al dolor,
que tiene el sueño ligero.

Echegaray.

Después de leer una vez versos semejantes á éstos, se les vuelve á recitar nuevamente, porque siempre se descubren en ellos horizontes nuevos.

IV. *De la armonía común al verso y á la prosa.*
—Muchos de los autores que escriben bien intuitivamente, no nos podrían dar la razón de cómo han dado el carácter de espontaneidad á lo

meditado, de qué manera el cálculo sorprende como la improvisación, y con cuánta naturalidad el artificio de ellos se ha convertido en arte.

Véanse estos versos de Góngora, tomados del Tasso:

Amantes, no toquéis si queréis vida,
porque entre un labio y otro colorado,
Amor está de su veneno armado,
cual entre flor y flor sierpe escondida.

Esas onomatopeyas, en las cuales los sonidos de las palabras parece que son el eco de los pensamientos; esa especie de jugo sinovial que facilita la articulación y movimiento de las letras y de las frases; ese hervidero de dobles imágenes que brotan de las ideas expresadas por medio de metáforas, constituyen el arte mágico de escribir, y que es más fácil de sentir que de explicar, y que el matalotaje de los preceptos retóricos más bien lo puede obscurecer que enseñar. Cervantes, á pesar de su hipérbaton artificial y poco lógico, única cosa que había aprendido de la retórica, era un maestro consumado en ese estilo natural y chispeante en el cual el divino artificio se sustituye á la grosera espontaneidad, pues el engarce de todas sus palabras está hecho de modo que, dejando á la luz la parte iluminada de las expresiones y escondiendo la parte oscura, todas las piedras con que construye sus edificios están colocadas de modo que el lector sólo ve en ellas las facetas fosforescentes. Cuando el verso y la prosa están contruídos con este primor intuitivo, tiene el lenguaje el prestigio misterioso de la música, que siempre dice, no lo que el autor se propone, sino lo que el lector desea, y el verso y la prosa entonces llevan una fuerza de proyección intel-

tual que no sólo se lee en ellos lo que el autor escribe, sino que se despiertan en el lector ideas inesperadas. De modo que de la oración gramatical, en prosa y verso, lo mismo que de la oración religiosa, se puede decir que ha de ser semejante á la misteriosa hija del gran rey: *toda su hermosura nace del interior.*

CAPITULO XII

LA NATURALIDAD EN EL ARTE

No necesito recordar que lo que acabo de decir lo he hecho en defensa de otra aserción mía que, en una de las polémicas, se me criticó acerbamente. «Aceptado el género de las *Doloras*—decía yo,—me propuse probar á la escuela que más las ha combatido, que no sólo el fondo de sus obras era el vacío, sino que el lenguaje poético oficial en que escribía era convencional, artificioso y falso, y que se hacía necesario sustituirlo con otro que no se separase en nada del modo común de hablar. Y yo, que soy hombre leal y candoroso, debo confesar que, aunque sea con mal éxito, he procurado probar mi aserto con el ejemplo. La última colección de los *Pequeños Poemas* es una ratificación de la doctrina que predico. Si alguno pone en prosa el contenido de una de las páginas de aquel libro y puede expresar todas sus ideas con más naturalidad y con menos palabras, le regalo una Venus de Milo que yo aprecio mucho.» Pero al llegar á este punto, me interrumpió mi ilustrado colega el señor marqués de Valmar, diciendo: «A esa prueba no se puede someter ni el mismo Horacio.» Lo siento por mi fatuidad, que va á quedar mortalmente castigada, pero me alegro por el señor marqués de Valmar, porque so-

metiendo aquel libro á la prueba que él cree imposible, estoy seguro de que en toda su brillante carrera diplomática no ha hecho una apuesta en la cual haya ganado con más facilidad un bello objeto de arte. Ya tendré cuidado de encargar que no se lo rompan cuando se lo lleven á su casa.

Yo hubiera querido que la prueba de la bondad del sistema que defendiendo fuese más autorizada y más decisiva; pero como en vez de un escritor de profesión, yo he sido más bien un aficionado, no he tenido ni el talento ni la paciencia necesarios para recoger de en medio de la calle y del pavimento de las aulas todos los modos de decir y todas las ideas que, traídas al fondo de obras artísticas, darían á la poesía una amplitud y una importancia increíble. Para hacer esto sería menester juntar al decir claro de Lope el profundo pensar de Calderón. Pero aunque yo no tengo ni la autoridad, ni la fuerza, ni casi el deseo necesarios para imponer mis creencias literarias, insisto, apoyado en el título de legitimidad de la propia defensa, en hacer una protesta contra el dialecto poético oficial, y creo que todos los que opinan como yo tienen precisión de aprender á saber oír y á saber ver todas las frases y giros poéticos que Su Majestad el pueblo use en las diferentes manifestaciones de sus sentimientos y de sus ideas, para sustituir con el idioma natural contemporáneo el lenguaje culto, tradicional y artificioso de la mayor parte de los autores antiguos. ¿No lo conseguiremos por ahora? En caso negativo, poco importa, pues si la mediocridad de nuestros medios no consigue el fin que nos proponemos, iniciado el objeto aguardaremos á que otros autores de más talento realicen nuestros propósitos. Ya vendrán, ya vendrán apóstoles de la buena nueva

que no escondiendo como un crimen esos mamotretos en que todos van consignando el fruto de sus audiciones y de sus lecturas, sinteticen en obras artísticas lo que vean y lo que oigan, convencidos de que el escritor más importante en lo porvenir será aquel que, como Descartes y como Goethe, llegan á ser el más grande reflector de las ideas de sus contemporáneos.

Y como á mí ya se me va acabando la gana de escribir más sobre el particular, conjuro y emplazo á todos los grandes poetas líricos y dramáticos, novelistas y didácticos de nuestro tiempo, y á quienes yo tanto admiro, que, de hoy en adelante, cuando publiquen algún libro nos den su opinión sobre estas cuestiones, que yo no he hecho más que indicar, y nos revelen los procedimientos científicos por medio de los cuales ellos harán grande este siglo, que debe tener algo bueno cuando es tan calumniado, y nos digan si opinan, como yo, que se rompa para siempre el Círculo de Popilio, no del lenguaje, sino del dialecto poético, negando que se deban elevar las reglas de una retórica fósil á la categoría de instituciones humanas.

CAPÍTULO XIII

RESUMEN DE ESTA «POÉTICA»

En resumen, la obra artística deberá responder afirmativamente á estas cuatro preguntas:

El asunto, ¿es historiable?

El plan, ¿se puede pintar?

El designio, ¿tiene objeto?

El estilo, ¿es el hombre?

Hace cuarenta años que publiqué la primera *Dolora*, titulada *COSAS DE LA EDAD*. Hoy escribo esta *POÉTICA* para explicar y defender la doctrina que sirvió para componer aquella *Dolora*. Podré ser todo lo mal escritor que se quiera, pero al menos no se me negará que, al escribir mal, obedezco á principios literarios invariables. ¿No es verdad, lector mío?

CAPÍTULO XIV

LA HISTORIA, LAS CIENCIAS Y LA FILOSOFÍA CONSIDERADAS COMO ELEMENTOS DE ARTE

Y como ya me fatigo y supongo al lector fatigado hace tiempo, concluyo diciendo que ahora que he llegado á esa edad en que todo es indiferente, menos la intranquilidad de conciencia, ruego á algunos biógrafos que se dignan ocuparse de mí que, mientras que no haga un trabajo literario diciendo quién soy yo y quiénes son ellos, dejen de hacer unas biografías que ni siquiera se puede decir de ellas aquello de que son «retratos muy bien hechos que no se parecen nada», pues los míos, en general, ni se parecen nada ni están bien hechos. El mejor retrato mío sería el siguiente: «Leyó por entretenerse; escribió para divertirse; vivió haciendo al prójimo todo el bien que pudo, y se moriría con gusto por olvidar el mal que muchos prójimos le hicieron.» Mi biografía es muy sencilla: la de alguno de mis detractores será un poco más complicada.

Hoy mismo ha llegado á mis manos un estudio biográfico, en el cual, entre otras lindezas, se dice que yo siempre he sido «aficionado á los placeres»; ¡yo, que, según dice el popular poeta don Manuel del Palacio, *nunca he tenido juventud*; que

jamás he podido aprender á fumar, y que no tengo más vicios que leer y dormir!

Pero miento: tengo una pasión que me obliga á cometer el *pecado de la pereza*, y es mi amor á las letras, que me hace caer en la indiferencia de toda otra cosa que no sean las manifestaciones del arte, del arte que, siendo la forma de las ideas, es la exteriorización de la hermosura interior, la imagen relativa de la belleza ideal absoluta. Yo acompaño en su predilección á Carlyle, cuando decía «que sería preferible para Inglaterra no poseer la India, á no tener á Shakespeare». En la biografía á que aludo, se me acusa de poco respetuoso con la historia, la política, las ciencias y la filosofía. La censura es justa, porque para mí el arte es el fin de las cosas. Toda idea que no acabe su evolución formando parte de un objeto artístico, es un soldado que muere á la mitad del camino de la gloria.

El arte es el gran sustantivo de la inmensa oración del universo creado. Las leyes cosmológicas forman un tratado de lo sublime estético. Hasta las cosas materiales abandonadas á sí mismas se van colocando según arte.

El sentimiento de lo bello palpita en todos los órdenes de la vida, desde el instinto hasta el razonamiento, y si inconscientemente construye el nido de la golondrina, en plena conciencia levanta el templo de El Escorial. Una idea de belleza, más ó menos bien comprendida, embadurna la cara del salvaje y tiñe de púrpura el manto de los reyes.

Lo que llamaba Lucrecio la *fuerza de las cosas*, Bossuet la *Providencia* y los autores modernos la *idea del progreso humano*, no son otra cosa más que la fiebre artística del amor á lo perfecto.

Así como los cuerpos simples tienden á unirse en combinaciones binarias y sólo la vida los fuerza á anexionarse en grupos ternarios y cuaternarios, las ideas, al asociarse, van convirtiendo los hechos en ciencia, la ciencia en filosofía, la filosofía en moral, la moral en culto y el culto en arte.

¡Los hechos! Cosa importante para los grandes estadistas, que mueren con seguridad con ellos, si no son algo parientes de Horacio, al menos por afinidad.

¡Los hechos! ¿Quién ha visto en el mundo con agrado ni á la misma virtud de Esparta, cuando no se ha presentado vestida por alguna modista de Atenas?

¡Los hechos! ¿Qué tiene que ver el arte con semejantes groserías, si no son antes purificados por el calor del sentimiento ó por la luz de la razón? La misma historia es un inventario de cosas inútiles, cuando no la escribe Tácito con el pincel de un artista. Hemos presenciado en nuestro tiempo una guerra que ha costado á la Francia, en pocos meses, cien mil hombres y cien mil millones. ¡Una bicoca! La historia probablemente se desgañitará acusando á los bárbaros de la civilización, porque cometen brutalidades que obscurcen las de los bárbaros de la barbarie; pero la posteridad pondrá sobre esta hecatombe nueva lo que sobre muchas de las antiguas: el epitafio del olvido. Después que el tiempo extinga los odios de partido por encima de esta inmensa ruina, nuestros hermanos, los poetas futuros de Méjico, probablemente sólo verán flotar la interesante leyenda de la evasión del prisionero del fuerte de Santa Margarita, ideada y llevada á cabo por su paisana la mariscal de Bazaine.

¡La ciencia, madre de las industrias! ¿De qué

serviría lo útil si al mismo tiempo no fuese agradable? Recorriendo el palacio de la Exposición Universal de París, se veía siempre en el rincón de una de las galerías un grupo de gente contemplando un pequeño gabinete que, al parecer, compendia el fin de todos aquellos esfuerzos de inteligencia y de poder, y era el cuarto de una Aspasia moderna, alhajado con más sencillez, más elegancia y más comodidad que las que han podido poner en sus pinturas los poetas que hayan pensado en la estancia de la diosa Juno. Unas ricas colgaduras que imitaban en sus pliegues las ondulaciones de las nubes; una cama primorosamente esculpida; un hermoso velador sobre el cual estaba un libro, que supongo que sería la traducción del *Arte de amar*; el retrato de un niño que estaba allí en representación de algún hombre, y algunos objetos más, cuya relación omito, formaban un conjunto que para un público numeroso se conoce que representaba las ciencias convertidas en industrias, y todas las industrias de la Exposición sintetizadas en un objeto de arte, en una Concha de Venus.

¡La filosofía! Sólo inspira un interés mediano lo bueno que no es bello y lo verdadero que no es hermoso.

Los sistemas filosóficos, ¿son otra cosa más que unos poemas sin imágenes? Estas creaciones, que parecen castillos amasados con tinieblas y habitados por espectros, se ocupan del bien y el mal, pero inútilmente, porque esta vida en las nubes no tiene realidad hasta que algún sacerdote, invirtiendo el procedimiento, convierta la filosofía en acción, y todo un orden moral de ideas las representa por medio de símbolos, y una completa serie de pensamientos abstractos los reduce

á imágenes sensibles. ¡Cuántas filosofías y cuántos dioses han caído del Olimpo, aunque predicaban en abstracto la misma moral del cuento de la lechera, mientras que esta encantadora sonámbula se pasea viva y sonriente desde la India á Egipto, desde Egipto á Persia, desde Persia á Europa, desde Europa á América, y aun hoy sigue y seguirá recorriendo eternamente y con gracia imperecedera todas las regiones del orbe conocido!

El día que se perdiesen todos los niños y todas las mujeres del mundo, los encontraríais, ¿dónde? la mitad en los templos y la otra mitad en los teatros. ¡El teatro, templo de los sentidos, y el templo, teatro del espíritu, son los dos únicos centros donde se resumen todas las glorias de la arquitectura, de la poesía, de la música, de la escultura, de la mímica, de la indumentaria y de la elocuencia!

CAPÍTULO XV

CONCLUSIÓN: UN RUEGO Á LA CRÍTICA

¡Raza inextinguible de escribas y fariseos, que sois capaces de convertir con vuestra hipocresía los imperios más santos en reinados de farsas celestiales, dejadme morir en paz, sin perseguirme con vuestras murmuraciones, por suponer que en algunas de mis frases hay demasiado desenfado y en el fondo de mis cuadros disquisiciones un poco aventuradas! En materia de temeridades intelectuales yo me confieso pecador, y digo como el filósofo: «¿Hablan mal de mí? Pues si supieran otros defectos que tengo, aun hablarían peor.» Pero no me aburráis con una afectada pudibundez, á la cual no falto nunca. Además de no creer en vuestras gazmoñerías, os tengo que decir que así como San Juan Crisóstomo asegura que hay cosas que los ángeles han sabido por revelación de San Juan, yo, que no soy santo ni inspirado, os puedo revelar que con mis realismos de frase no hago más que imitar á esos mismos ángeles, pues sé que, como complemento de delicias inefables, bajan del cielo todos los domingos y fiestas de guardar, para besar, no los ojos, sino las miradas de las mujeres de la tierra.

No convirtáis las verdades filosóficas en piedras de escándalo, porque el hombre, en último resultado, se reduce á ser una razón dudando. ¿Hay cosa más natural que el infeliz que va cruzando el camino de la inmensidad se pregunte á sí mismo, ó pregunte á los demás, si viajamos sólo por impulso de nuestro libre albedrío ó por la fuerza de una implacable fatalidad? En medio de este hervidero de dolores, ¿es posible que el pensador no pregunte, como Segismundo, si la vida es un sueño en acción, ó como Fausto, si es una acción horrible?

Dejad volar al alma. El pensamiento es la única atmósfera respirable del ser humano. Es menester vivir, pensar y escribir conforme á la Naturaleza. Después de todo, la virtud, más que en pensamientos, consiste en realizar buenas acciones.

Varrón contaba ya en su tiempo hasta doscientas ochenta y ocho maneras excogitadas por los filósofos para ser dichosos. Yo sé algo de filosofía, pero no he encontrado más que una manera de ser un poco feliz, y es la de dedicarme á la estética, ciencia que enseña á convertir lo bello ideal en bello sensible, ó lo que es lo mismo, aunque parezca enteramente lo contrario, en convertir lo bello sensible en bello ideal.

Dejad que me embriague tranquilamente con el opio de las letras, porque si no, creo que para soportar el largo camino de la vida, tendría que apelar al verdadero jugo de adormideras.

¡El amor al arte y el cariño de algunos de los seres que me rodean, son las únicas ilusiones que me quedan para poder sobrellevar con gusto los pocos días que me restan de vida: ilusiones que ruego á Dios que me conserve eternamente,